



NUM. 43. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 26 DE OCTUBRE DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XI.

REVISTA DE LA SEMANA.



V ugando, jugando se vino el otoño, jugando, jugando se pasará pronto. El presente no ha desmentido la antigua fama que tiene de ser, para Madrid, se entiende, la estación mas igual y mas hermosa de las cuatro que se dividen el imperio del año. Luz suave, frescas brisas y animación en calles, paseos y teatros, varían el aspecto de la villa del oso y del madroño, que durante el verano ha estado casi desierta. Los viajeros, golondrinas del estío, vuelven á sus nidos; las modistas y los sastres empuñan la tijera para que esa exi-

gente diosa que llaman Moda reciba el homenaje que el mundo le tributa muy especialmente al principio de cada estación; los negocios que dormían parece como que intentan despertar; el cuerpo se siente mas ágil, mas dispuesto al movimiento y al trabajo: en suma, el otoño, que en la naturaleza se anuncia con la tristeza de los campos y la caída de las hojas, aparece, en virtud de un contraste peregrino, acompañado de la alegría de la primavera en el seno de la corte.

Todas las miradas se fijan hoy en la cuestión de Roma, que, con mas propiedad, debiera llamarse cuestión de Italia, por lo intimamente que se hallan ligadas entre sí. Las partidas garibaldinas recorren varios puntos del territorio romano, habiendo tenido algunos encuentros con las tropas del Papa. Este hecho motivó, segun despachos telegráficos publicados, la carta

dirigida por el emperador Napoleon al rey Víctor Manuel, quejándose de la manera de cumplir el gobierno italiano el tratado de 15 de setiembre, y de la facilidad con que aquellas partidas penetran en el territorio pontificio atravesando la frontera por medio de las tropas italianas; en la misma carta declara el gefe del vecino imperio, que si estas tropas entran por cualquier punto en los Estados del Papa, dará orden para que los soldados franceses ocupen inmediatamente á Roma. A lo dicho debemos añadir, que el emperador ha celebrado un consejo en Saint-Cloud para tratar de estos asuntos, y aunque nada se sabe del resultado, presúmese que han de tener las resoluciones que en él se hayan adoptado grandes consecuencias para el porvenir de Italia y quizá para la situación de Europa. Es tambien un hecho que el emperador tiene dispuestas para intervenir en Roma fuerzas que ascienden á 20,000 hombres, divididos en dos cuerpos, uno de los cuales irá á las órdenes del general Dumond. *El Imparcial* ha dicho que en el puerto de Civita-Vecchia se encuentran dos buques de nuestra escuadra, *Vulcano* y *Villa de Madrid*, y un parte de París, del 18, anuncia que han llegado á aquel puerto voluntarios españoles. Ultimamente se ha hablado mucho de una circular pasada por Prusia á sus agentes diplomáticos, en la que propone un Congreso formado de todas las potencias católicas para arreglar la cuestión romana, dando cabida en él á Inglaterra y á Rusia, por sus respectivos intereses católicos en Irlanda y en Polonia.

La Esposicion Universal puede darse por terminada, pues si bien es cierto que el emperador ha dispuesto que continúe abierta hasta el 17 de noviembre próximo, fijándose el precio de entrada, desde el 8 de dicho mes, en 50 céntimos, y permitiéndola gratis desde el 9 al 17, no lo es menos que el Campo de Marte se ve cada vez mas abandonado.

Entre las varias sectas religiosas que existen en Rusia, hay una, la del Salvador (Spasno-Soglassie) cuyos prosélitos niegan la felicidad en la tierra. No es lo peor que nieguen esto, sino la aplicación que hacen de sus fanáticas ideas. Uno de dichos sectarios es actualmente objeto de un proceso, por haber dado muerte á su hijo único, que contaba siete años de edad, ofreciéndolo en holocausto al Señor, para librarlo de los lazos del demonio. Natural parecía que en seguida se hubiera suicidado él, para salvarse tambien de las

garras del enemigo comun, y poner término á las desgracias que, por muy feliz que sea, no dejarán de atormentarle en la vida; pero no lo ha hecho así, lo cual indica lo cómodo que es, en esta y otras cosas, predicar el sacrificio ajeno, y lo raro que es el realizar el propio. Por lo demás, si la tal secta se generalizase, pronto quedaria el mundo despoblado, pues el número de mortales verdaderamente dichosos no nos parece muy considerable.

El Porvenir Filipino, periódico de Manila, da cuenta de un hecho sobre el cual llama la atención del gobierno otro de esta corte. Hay todavía en Filipinas la costumbre de azotar públicamente el verdugo á ciertos reos que, montados en un jaco y con acompañamiento de cuadrilleros, atraviesan varios puntos de la población. El espectáculo, repugnante en sí mismo, lo es mas, y esto es lo que pide el colega madrileño se evite, por la algazara que mueven los curiosos que siguen al penado, convirtiendo en alegre fiesta el imponente espectáculo del castigo.

Parece cosa resuelta la creación de una granja modelo en Zaragoza, á espensas de la diputación provincial y protegida por el gobierno. El punto donde ha de establecerse la escuela, es el antiguo y deteriorado edificio de la Cartuja, aprovechando para ello los restos de otros adyacentes y sus grandes claústros; de manera, que si los trabajos se llevan á cabo con la actividad que es de esperar, se cree que antes de un año podrán inaugurarse al propio tiempo el ferrocarril de Escatron y la nueva granja-escuela zaragozana.

Una triste nueva tenemos que comunicar á los amigos de las Bellas Artes. El joven pintor murciano don Luis Ruiperez acaba de fallecer. Con él ha perdido España uno de los artistas que mas días de gloria prometían á la patria, y la esperanza de poseer mayor número de obras debidas á su pincel que las que posee, que son muy pocas, pues gran parte de ellas pertenecen á aficionados extranjeros.

Habiendo llamado la atención del señor gobernador de esta provincia las frecuentes desgracias ocurridas en las funciones de novilladas, ha dirigido una circular á los alcaldes de la misma, en la que les manifiesta que no sólo no concederá licencias para ellas, sino que procederá enérgicamente contra las autoridades gubernativas que las consientan ó toleren.

La señora Lucca ha ganado por cantar seis noches

en el teatro de Hamburgo, 45,000 francos, incluyendo en esta suma los 15,000 en que se gradúa un regalo que le han hecho. Mucho vale la música y mucho se merecen los que descuellan en la interpretación de las obras de los grandes maestros; pero, francamente, se nos figura que en este loco derroche, en este modo de recompensar el mérito de un simple ejecutante, aunque el ejecutante nada tenga de simple, hay algo que no indica mucha discreción, que digamos. Y ya que la ocasión se nos viene á la mano, la aprovecharemos para felicitar á nuestra bella compatriota la señorita Julia Colbrandt, por el nuevo triunfo que recientemente ha conseguido en el teatro de la Pergola (Florenza), cantando en un concierto dado por el municipio de aquella capital, con asistencia del rey, los principales dignatarios del Estado, los individuos del cuerpo diplomático y otras personas distinguidas.

Jovellanos y el Príncipe han dado á conocer dos obras de los señores Serra y Nuñez de Arce. Es la del primero la titulada *Luz y Sombra*, zarzuela sólo en el nombre, si ha de darse el de tal á los infelices engendros que el público de Madrid ha solido aplaudir quizá por exceso de benevolencia, mas que por sentimiento de justicia. Si *Luz y Sombra* es zarzuela, vengán muchas por el estilo, pues si su autor, no las necesita para su gloria, ya no sucede lo mismo con la escena española, la cual ha de agradecerse y recibirlas como otras tantas joyas. La segunda obra, *Quien debe pagar*, original de Nuñez de Arce, es de distinta índole, y sin embargo, el público demostró igualmente con sus aplausos que hay en ella condiciones que la distinguen y elevan considerablemente sobre muchas de las que invaden el teatro y aun dan dinero, cuando no disgustos á las empresas.

En los escaparates de las floristas y en las tiendas de modas, se ostentan ya las últimas novedades en materia de objetos para adornar los cementerios en el próximo día de difuntos. Coronas, lámparas, flores, figuras, cuadros pintados sobre cristal, con figuras, escenas ó leyendas alusivas á la triste solemnidad, atraen hoy las miradas de todo el que pasa, porque no hay uno á quien no recuerde el padre, el hijo, el hermano ó el amigo que ya pertenece al mundo de los muertos, y sobre cuya tumba la piedad de los vivos acostumbra á dejar un tributo, mas ó menos material, mas ó menos tierno, mas ó menos significativo, de su cariño y de su dolor. En el día espresado, la ciudad de los muertos se viste de gala, y de luto los vivos; singular fenómeno que hace pensar á mas de un filósofo, sobre quiénes serán los muertos, si los que yacen bajo la fría lápida del sepulcro ó los que caminan aun por la tierra, envueltos en la túnica del cuerpo.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

DIOS, EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD.

(CONTINUACION.)

CAPITULO IX.

I.

Una de las ideas que mayor imperio, ó por mejor decir, mayor fascinación ejercen sobre el hombre, es la gloria; mas como esta idea puede, á semejanza de todas las demás, ser acertada ó torcidamente concebida, hé aquí que de esta mas ó menos exacta interpretación pueden en último término redundar grandes bienes ó grandes conflictos, que cambien notablemente la faz de las naciones. ¿Qué es, pues, la gloria, que tan opuestos efectos alcanza á producir? Porque, ejerciendo un tan poderoso ascendiente sobre el espíritu humano, no puede ser indiferente al reposo y al bienestar de la sociedad la confusión de las nociones en este punto, puesto que evidentemente hay una gloria verdadera y una gloria falsa.

¿Consistirá acaso la primera en los triunfos de la ambición, en llevar el estruendo de las armas de nación en nación, para avasallarlas, como algunos imaginan? Esto sería erigir la fuerza material en reina absoluta del mundo; esto sería someter la razón y la justicia al imperio de la casualidad y á los caprichos insensatos de afortunados conquistadores que con la punta de la espada dictasen leyes á los pueblos, sobre las ensangrentadas ruinas de sus fortalezas, al resplandor del incendio de las ciudades. Pues tal, y no otro, es el objeto de la ambición; tal es y no otro, el resultado de sus victorias. Ahora bien; ¿puede ser la gloria la insaciable ambición? ¡No! una y mil veces.

La gloria no proyecta nunca sus mágicos resplandores sobre la causa de la injusticia; y por desgracia, la ambición es casi siempre incompatible con esa causa sagrada. La ambición en sí misma, es decir, no asociada á ningún gran fin civilizatorio, no es sino la apoteosis del orgullo del que por esa pasión devastadora se deja subyugar; la ambición en sí misma, no es sino la divinización de un monstruo.

Ved aquí por qué si en todas las naciones abundan

los ambiciosos, no en todas resplandece la gloria, antes bien, la desgracia y la deshonra en que muchas han caído reconocen por causa única los extravíos á que sus gobernantes se han entregado, poseídos del insano deseo de ensanchar contra todo derecho los límites de su país, para en la misma proporción entender los de su voluntad omnipotente. Si en la ambición consistiera la gloria, ¿qué nación no sería envidiable bajo este aspecto? Porque, ¿cuál de ellas no se ha visto arrastrada una y otra vez por sus gobiernos á guerras de engrandecimiento territorial, á empresas encaminadas á extender sus fronteras, á costa de vecinos débiles, ó menos pérfidos, ó menos versados en las artes de la destrucción? Y sin embargo, ¿cuál de las antiguas ó modernas naciones puede mirarse como la natural, como la legítima depositaria de la gloria? Responda la historia, y se verá que ésta no ha sido en tiempo alguno el pasivo resultado de la suerte de las armas, si no las dirige algún noble y humanitario propósito.

Y ¿cuán alto no deberá ser éste, para que pueda servir de compensación á los estragos que la guerra ocasiona y á los enormes sacrificios que impone! Pocas, muy pocas veces lo inmenso de aquellos y lo doloroso de éstos encuentran en el buen éxito de los designios ambiciosos de un potentado ó de un caudillo emprendedor, la indemnización debida.

La ambición, sin otro objeto que obtener el dominio de los pueblos á toda costa, y á toda costa conservado, es una pasión injustificable, pernicioso y criminal. La superioridad obtenida por tal medio, es la usurpación, y la usurpación no puede ser la fuente de la prosperidad, ni para los países que son su víctima, ni para desatinados usurpadores.

La gloria de las naciones no consiste en agregar al territorio que les señaló la naturaleza un pedazo mas de tierra, en prolongar sus fronteras mas allá de la orilla derecha ó de la orilla izquierda de un río, ó al otro lado de las faldas de una montaña; la gloria de las naciones se cifra única y exclusivamente en su escrupuloso respeto á los tratados internacionales, en la suma de bienestar de que gocen sus naturales, en la parte con que contribuyen en la esfera científica, artística, industrial, mercantil ó literaria, al progreso de la humanidad, en las libertades políticas de que se hallen en posesión y racionalmente ejerzan, y por último, en la rectitud y la sabiduría de los llamados á regirlas.

La gloria, si no es un nombre vano ó una alucinación peligrosa, no puede ser sino el resultado de la práctica de todas las virtudes civiles; por esto el deseo de estender, sin razón ni motivo de general utilidad, mas allá de los mares ó en remotas provincias un mando opresor, no puede pertenecer al número de esas virtudes, y mucho menos por consiguiente, ser el puro manantial de la gloria verdadera. Los pueblos vencidos, las naciones ahrojadas, la tierra cubierta de luto, serán el escabel de la ambición, monumentos impiamente erigidos á la tiranía y la falsa gloria; pero en vano las artes embellecerán la envilecida carroza ó el trono salpicado de sangre, de un conquistador á quien la tierra parezca estrecha; en vano la poesía cantará prostituida los funestos triunfos alcanzados á costa de nacionalidades respetables y de pueblos sin ventura: el mal será siempre el mal; el crimen será siempre el crimen, y la ambición, vil esclava del orgullo de un magnate ó de un aventurero afortunado, será siempre una maldición fulminada contra los pueblos; maldición á que sólo mercenarias gentes osarán revestir del solemne carácter de la grandeza.

Colón, inspirado por el genio, favorecido por el cielo con una revelación sublime, adivina un nuevo mundo, y venciendo obstáculos innumerables de todo género, cruza el Atlántico, y lo descubre; y una vez descubierto, lo entrega á la ciencia sin mancha de sangre, y se entrega asimismo á la admiración de las generaciones humanas, mientras el sol alumbra el universo. ¿Conoceis ahora la verdadera gloria?

Otro ejemplo, y conoceréis la ambición. El fundador de la dinastía napoleónica es por espacio de diez y ocho años el terror de Europa; el estruendo de sus armas vencedoras, no cabiendo ya en los límites de este continente, va á turbar el sueño de los Faraones, y las pirámides gigantes que les sirven de sepulcro se estremecen en sus cimientos; sus legiones vencedoras recorren en triunfo, abrumadas bajo el peso de los laureles alcanzados en cien batallas, el mundo asombrado, y el monstruo de la ambición sonríe creyendo eternas sus obras. Pero llega el día del infortunio, que sigue á la dicha como el remordimiento á la iniquidad, y el orgulloso primer imperio francés, que tan halagado se vió al pasear sus águilas por todas las córtes de Europa, se vió duramente humillado el día en que á su vez todos los ejércitos de ésta invadieron su capital, cuyas calles convirtieron en campamento y en teatro de su venganza implacable.

¿Y el conquistador y el ambicioso? ¡Ah! Interrogad á las rocas del Océano Austral, y ellas os referirán la historia horrible de sus últimos años.

Ya lo veis: la ambición nada sólido crea, porque nada justo concibe. La ambición, incompatible con los preceptos de la sana moral, no puede constituir una

política aceptable para los pueblos que en algo se estiman, y en algo tienen la dignidad humana.

II.

Es preciso combatir resueltamente una muy arraigada y absurda preocupación relativa al valor: urge demostrar que éste, tal como la generalidad lo comprende, no existe en la naturaleza. Esta demostración intentamos.

Si el valor fuera, en efecto, lo que comunmente se cree, esto es el desprecio de la vida, la naturaleza que tan hondamente ha grabado en el fondo de todas las organizaciones animadas el instinto de la propia conservación, se hubiera puesto en contradicción flagrante consigo misma al crear la especie ó las especies cuyos individuos fueran capaces de mirar con menosprecio su vida, su conservación; pero la naturaleza no incurre en semejantes contradicciones. El instinto de que hablamos, anterior á todos y á todos superior en vehemencia, obra con igual fuerza así sobre el insecto microscópico, sobre el átomo animado que forma el primer imperceptible eslabon de la inmensa cadena de los seres dotados de sensibilidad y locomoción, como sobre la criatura que forma el eslabon final, aquella en que la vida se muestra en toda su maravillosa plenitud, es decir, el hombre.

¿Qué es pues el valor? ¿Será una virtud, considerado bajo el punto de vista que esponemos?

El valor, si no se eleva su noción, si no se explica de una manera mas filosófica, no puede ser ni una virtud ni un vicio, porque está, lo repetimos, fuera de la naturaleza y pertenece por lo tanto á la región de las quimeras.

La necesidad del momento, la defensa de objetos queridos, determinados deberes sociales, la protección debida á la patria en circunstancias críticas, la voz del honor y ciertos estímulos poderosos, pero de acción pasajera, pueden obligarnos, y nos obligan en efecto, á sobreponernos al sentimiento que nos prescribe imperiosamente conservarnos. Pero en tales casos y otros semejantes el hombre arrostra la muerte, no por desprecio á la vida, no porque le sea indiferente ser ó no ser, sino porque en un estado de civilización desarrollada, y erigidas en dogmas ciertas ideas de suyo convencionales, el sacrificio de la existencia es de tal manera indispensable, que se necesita ciertamente mas valor para arrostrar la ignominia que su conservación acarrearía, que el que se necesita para perderla deliberadamente.

El instinto ciego nos manda vivir, con abstracción absoluta de casos; pero la reflexión, iluminada por el sentimiento del deber y del honor, nos ordena muchas veces que arrostremos la muerte; y en arrostrarla serenos, venciendo la profunda repugnancia, que esto cuesta, consiste precisamente el valor. Este, pues, no es una dote natural, sino una cualidad artificialmente desarrollada en momentos dados y para dados fines.

No es por ello menor, en verdad, lo excelso de esta dote, cuando en circunstancias convenientes se desarrolla; antes bien, su valía será tanto mayor cuanto mayor sea el esfuerzo que se necesite desplegar para revestirse de ella en momentos críticos. Así, pues, el mas digno de elogio será aquel que sintiendo mas horror al no ser, con frente mas tranquila lo arrostre; porque, en suma, el valor no es otra cosa que la ocultación inteligente del temor á la muerte. El valor se hace, permítasenos esta frase; y el que lo hace con perfección, ese es el modelo de los valientes.

Si esa cualidad estuviera en la naturaleza, ningún mérito tendrían, ni título alguno á la gratitud de sus semejantes pudieran exhibir los que en árduas empresas dan su vida. Sin la victoria sobre sí mismo alcanzada, el hombre no se elevaría sobre el nivel de lo vulgar y lo trivial; por esto, el que dominándose en lo que hay de mas fundamental en nuestro ser, se sobrepone al amor á la vida, y la sacrifica en aras de una causa justa y noble, es un héroe á quien sus contemporáneos bendicen y la posteridad admira.

¿Por qué huye y se desbanda, aunque armado y dispuesto á la pelea, el ejército aguerrido que mil veces arrostó impávido el hierro y el fuego enemigo, si se ve sorprendido en la noche ó en una emboscada? Desbándose, porque le falta el tiempo necesario para el trabajo mental que exige la adopción de la actitud propia para arrostrar mortales peligros; porque no se pasa instantáneamente de la razón fría, siempre bien hallada con la idea de la propia conservación, á la calenturienta sobrescitación en que es forzoso colocar el ánimo para que, apareciendo menos clara la imagen de la muerte, inspire ésta menos espanto; el ejército, aunque disciplinado y aguerrido, huye en tales casos, pura y simplemente porque no tiene el tiempo necesario para hacer valor.

Y ¿por qué, así la horda salvaje como el regimiento, orgullo de la Europa militar, se rodean en el momento de la embestida, aquella de espantosos alaridos, y éste del estruendo de vivísimos aires marciales con que llenan los aires tambores, clarines y cien instrumentos atronadores? ¿Por qué? Porque la horda y el regimiento ceden al mismo instinto de conservación; y como es preciso apagar en aquellos momentos este

instinto, el arte pone en juego sus mas poderosos medios para conseguirlo; ó lo que es lo mismo, para enloquecer, para encender la fiebre, para sobrecitar la imaginacion hasta producir el delirio y la sed de esmerminio. De aquí las violentas sonatas, las arengas conmovedoras, las entusiastas proclamas, que son otras tantas apelaciones al orgullo nacional, las promesas de grandes ventajas materiales á los que sobrevivan, y las estudiadas y pósticas apoteosis de la muerte: eficaces recursos, artificios de gran potencia que, manejados por un hábil caudillo, y obrando de consuno, enardecen, ciegan y arrastran á su ruina á los individuos y pueblos.

Queda demostrado, aunque á grandes rasgos, que el valor es una creacion de la fantasia ó un producto de las preconcebidas opiniones y de los sentimientos dominantes en la sociedad, puesto que para desplegarlo se necesita sobreponerse al grito que mas poderosamente resuena en nuestro fondo y cubrir de rosas el camino de la muerte. Pero, digámoslo otra vez: cuando, siquiera sea artificialmente, se logra desplegar la cualidad de que hablamos, el mérito de los que en tal disposicion de ánimo se colocan consiste precisamente en haber acallado la voz de la naturaleza, que infunde con irresistible fuerza el amor á la vida en todos los seres animados.

No hablaremos del duelo, porque lo consideramos como una falsa interpretacion del valor, ni del suicidio, porque es á nuestros ojos el postrer período de la desesperacion. El primero, es la tergiversacion funesta del honor; el segundo, es un crimen; y ni las falsificaciones de los sentimientos, ni las acciones que la moral y la sensatez reprueban tienen cabida en el plan de este trabajo.

Por lo demás, el hombre que tal grado de dominio alcance sobre sí mismo, mediante la reflexion y el sentimiento del deber, que sepa ofrecer su vida en holocausto de una gran idea ó de un progreso para la humanidad, será siempre respetable; nadie tendrá el derecho de aquilatar su esfuerzo, es decir, de someter á un exámen inoportuno los grados de la violencia que le fue preciso hacerse para consumir su generoso sacrificio: exámen que sólo un grosero escepticismo ó una ingratitud estúpida pudieran intentar. Sea cual fuere la intensidad de la lucha interior que sostuvo en momento supremo, ese hombre honrará eternamente la especie humana, que se apresurará á inscribir su nombre en el glorioso catálogo de sus héroes y de sus mártires.

(Se concluirá en el próximo número.)

MANUEL MARÍA FLAMANT.

ESTUDIOS ASTRONOMICOS.

V.

LOS CANALES DE LA LUNA.

Si siguiendo nuestra idea de dar á conocer los principales detalles geográficos de nuestro satélite, no debemos prescindir de otro accidente que nos revela el telescopio y que á tan curiosas conjeturas se presta.

Para ello elegiremos la época del plenilunio, como mas á propósito para nuestro sistema de observacion, y notaremos las principales regiones del disco surcadas de multitud de rayas, rectilíneas ordinariamente y de distintas longitudes, que recorren una escala desde 5 á 70 leguas kilométricas, con una latitud desde 500 á 3,000 metros. Su matiz en dicha época es blanquizco, mientras que durante las fases del satélite aparecen negras, como que entonces se hallan invadidas por la sombra que se proyecta en ellas de una manera bastante marcada y sensible como su profundidad, que alcanza por término medio de 450 á 500 metros.

No son simples hendiduras ó depresiones del suelo lunar, sino canales desecados, perfectamente marcados y que corren paralelos en su mayor parte, rasgando los valles, los circos, las colinas, las cordilleras mismas de aquellas montañas anulares, formando precipicios y desfiladeros, cavernas y gargantas cortadas como á pico y erizando á sus cortes perpendiculares de asperezas que aterran. Aunque, como decimos, véanse en todas las regiones del mundo que nos ocupa, son en mayor número en la parte central, bien sea por la facilidad de observacion ó por otra causa, apareciendo en determinados puntos como un conjunto de líneas paralelas, como sucede hácia el N. E. de Gutemberg, al paso que en otras presentan curiosas ramificaciones, segun se nota en las inmediaciones de Triesnecker y del golfo del Centro, y en otras, como por ejemplo, la que atraviesa el gran valle circular de Pelavio, aparecen aisladas, sin extenderse ni comunicarse con otras: en fin, no faltan algunas, aunque bastante raras, que rodean á manera de foso determinadas eminencias, como sucede con la que circunda los cráteres de Almanon y Abulfeda, atravesando otra multitud de pequeños circos secundarios, y la de Hygino, acaso la

mas interesante de las 117 descubiertas hasta hoy, que cruzan el hemisferio visible de la Luna, y la cual corta dos cráteres de 2 á 3 kilómetros de diámetro en su marcha, rompiendo las paredes peñascosas de su anillo, cubiertas de una capa calcinada y pulverulenta-gris.

Aunque la forma rectilínea es la predominante en estas hendiduras, cuya longitud máxima apenas excede por punto general de 250 kilómetros, no faltan algunas que serpentean en forma ondulatoria, marcando irregularidades sensibles, cuya direccion nos patentiza con harta propiedad el telescopio, especialmente en la época del plenilunio, la mas favorable de todas, y que los célebres astrónomos Beer y Modler han reproducido en su famoso *mapa selenográfico*. Tal es, por ejemplo, la que se nota hácia el N. O. de Aristarco, la cual, dando principio en una colina, describe en su primer tercio varios ángulos y va ensanchándose y escarpándose hasta Aristarco, en cuyo punto se eleva de repente á mas de 1,000 metros sobre la planicie del valle contiguo, para variar de direccion bruscamente y estrecharse antes de terminar una legua mas lejos en el cráter de Heródoto, donde desaparece serpenteando como una desembocadura fluvial.

Varias son las explicaciones que se dan de este accidente geográfico de la Luna, atribuyéndolo algunos un origen artificial debido á las necesidades mercantiles de sus habitantes, version desmentida por la carencia total de agua en el hemisferio de que se trata, sin lo cual esos supuestos canales de navegacion que en la referida hipótesis revelarían una obra ciclópica de siglos y que no se explica por la insignificancia de sus verdaderas proporciones, permanecerían desecados, estériles y sin objeto.

Otros, menos cándidos, aceptando sin embargo la misma teoría del agua, han creído ver en esas hendiduras enormes otros tantos cauces de rios, desecados tambien, olvidando que la carencia absoluta del líquido y la forma misma de esos abismos contradicen la hipótesis de una manera que no admite réplica. Las demás opiniones que conocemos acerca de este objeto, no son dignas de tomarse en cuenta, por lo cual prescindimos: ocuparnos de ellas.

Una probabilidad, sin embargo, parece acercarse por nuestra parte la solucion del problema, y vamos á consignarla, sin otras pretensiones que las de dilucidar este punto con el mayor acierto. La inspeccion geográfica-geológica que vamos haciendo del satélite, nos presenta, en su hemisferio visible al menos, un mundo antiguamente en ignicion de que dan testimonio vivo sus montañas crateriformes, sus volcanes apagados y su suelo salpicado de aberturas, agujeros y precipicios sin número, cubierto á trechos de materias pulverulentas, calcinadas, de color blanquizco ó ceniciento: la atmósfera no existe, como tampoco existe elemento alguno, segun parece; todo lo cual supone la idea de una horrorosa catástrofe que, suprimiendo la vida de los habitantes de la Luna, haya producido ese cataclismo terrible que ha ocasionado la explosion radical en su suelo, absorbiéndolo todo con su violento ímpetu, rasgando sus montañas y abriendo esas profundas simas de que nos hemos venido ocupando, por las cuales un fuego voraz y las sacudidas del terremoto han debido lanzar la desolacion y el estermínio. Tal es, pues, la version mas verosímil del accidente antedicho, una revolucion geológica, cuyas proporciones espantan, y como consecuencia de ello, la destruccion de la vida en ese mundo que tan simpático nos es y tan interesante; á no ser que un nuevo Noé haya sido preservado por la Providencia para perpetuar allí la raza de sus vivientes, si es que los tiene, por mas que se nos contradiga la especie, oponiendo la carencia de atmósfera, tan necesaria para la vida aquí en la tierra; como si el principio de asimilacion hubiera de tomarse en su rigor literal, cuando cada mundo puede poseer cualidades vitales diferentes, á las que se acomode la organizacion de sus moradores, de lo cual aquí mismo en el nuestro tenemos ejemplos prácticos de analogía en los peces, en los pájaros, etc., cuya organizacion, cualidades, etc., tanto se diferencian de la esfera vital del hombre, puesto que los primeros especialmente viven sin atmósfera, en la region de las aguas, donde los seres racionales y la mayor parte de las demás especies perecerían ahogados sin recurso, faltos de ambiente y vida.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

MAS SOBRE QUIEN FUE DON QUIJOTE.

En el número de El Museo correspondiente al 30 de junio, vió la luz pública un artículo con el epígrafe que antecede, y en los números de este semanario correspondientes á los dias 5 y 12 de octubre corriente, se ha publicado un escrito con el epígrafe *Originales de Don Quijote*.

Referentes á un mismo asunto los dos artículos sudichos, se diferencian, no obstante, en que el primero figura como causa y el segundo como efecto.

Efecto, pues, del efecto (que ahora representa el papel de causa para lo que hoy nos proponemos) será lo que digamos á propósito de lo que de nuestro primer artículo *¿Quién fue don Quijote?* ha dicho en el suyo *Originales de Don Quijote* el ilustrado señor don Nicolás Diaz de Benjumea.

Mas, dejándonos de digresiones, damos las gracias al señor Benjumea por las frases benévolas que nos dedica en su escrito (prévio por nuestra parte el reconocimiento de superioridad por la de dicho señor en cuanto á erudicion y competencia en la materia de que se trata) entramos en la cuestion esponiendo: Que, ya que deba ser considerada bajo el punto de vista de la importancia que el señor Benjumea y otros ilustrados Cervantistas la dan (haciendo por nuestra parte lo posible porque no descienda de la elevacion en que dichos señores la consideran) nos proponemos rectificar algunas de las apreciaciones del benévolo comentario de nuestro primer artículo, y extender, por decirlo así, el alcance de las nuestras, hasta donde, á nuestro juicio, puede llegar el genuino desenvolvimiento de causas cuyo efecto son.

Teniendo en cuenta, pues, lo que dice el señor Benjumea de ser un poco fuera del límite en que debería encerrarse nuestro trabajo el epígrafe que le hemos puesto de *¿Quién fue Don Quijote?* fundando su aserto en que tal pregunta fuerza á una respuesta categórica y á dar satisfaccion al lector de un modo concreto sobre un punto que no la tiene, bajo el de vista en que se coloca: rectificamos esa opinion (con permiso del ilustrado crítico que la expone) bajo el punto de vista de la nuestra, de que tal modo de encabezarse un escrito, no aumenta ni disminuye en su autor la facultad de decir, ni mas ni menos, que lo que se hubiera propuesto, sobre un asunto dado, con otro epígrafe cualquiera; pues que en el caso de que tratamos, como en el de que, proponiéndose escribir un artículo descriptivo de la Luna, se le encabezase interrogando *¿Qué hay en la Luna?* es claro que, ni el lector espera, ni el autor puede decir mas que lo que como resultado de una celosa investigacion ó de adelantos científicos, puede haberse averiguado en cada caso; pues se da por supuesto que ni de la tumba, ni de la Luna ha de haber venido nadie á comunicar lo absolutamente cierto, ó, por mejor decir, á suprimir las distancias de tiempo y espacio que sirven de obstáculo á su averiguacion.

Pero, vamos á otro punto (pasando por alto ciertas consideraciones del señor Benjumea, cuya desconformidad con las nuestras es efecto de que, ó no nos hubimos explicado bien—que es lo mas probable—ó de que nos han comprendido mal.)

Dice el señor Benjumea, que sería peregrino que la familia de los Palacios de Esquivias hubiese sido como la semilla y causa generadora de dos producciones inmortales de Cervantes.

¿Y por qué no?—*El amor es el sol del geni*:—ha dicho Schiller. Pues supongamos que nuestro inmortal Cervantes encuentra en la susodicha familia el astro que hubiera buscado en vano en los lugares á que le condujeran los azares de una vida errante y aventurera: que calentada y, por decirlo así, fecundada su imaginacion por los esplendores de tal astro, apartándole de cuanto es vulgar y mezquino, descubre para sus ensueños un mundo en el que todo es excepcional y extraordinario, y que al creerse en plena posesion de su descubrimiento, sostiene con la beldad que produce para él tales efectos mágicos el siguiente diálogo:

El.—Me arrastro en pos de un fantasma....

Ella.—Y ese fantasma....

El.— La gloria.

Ella.—Y esa gloria...

El.— Su divina personificacion fué desde que en ella soñé vuestra beldad, Catalina.

Sed mi númen, y el fecundo estro que guarda mi mente se ostentará refulgente, con él se alumbrará el mundo.

Y esto supuesto, supongamos que á ese cielo en que se desarrollan tan halagüeñas fantasías le ha salido un punto negro (como dirían los políticos de hoy) en guisa y talante de desfacedor de agravios que nadie ha fecho á la requerida fermosura, y que al verle interesado en su camino el ilusionado galan, para mientras en la mal apuesta catadura del aparecido: le mira, le remira; le contempla á la luz de la ingénita llama que guarda en su cerebro, y creyendo descubrir en él ciertos reflejos de ciertas pretensiones ridiculas y de ciertos modos andantescos, esclama (con el acento del que se ve sorprendido por la espontánea realizacion de un ensueño):

¡Don Quijote!

Que hay, quien esto presenciando, interroga al abs-traido y ensimismado declamador, diciéndole:

¿Y vuestro amor?

Y que el interpelado, sin atender á otra cosa que á la causa de su enismamiento, dice, como si hablase á su conciencia, ó como si la conciencia de su propio valer le dijese á él hasta qué punto una ilusión podía llegar á ser un hecho real:

El talento
sólo ama para la gloria.
¡Oh! Yo legaré á la historia
de mi amor un monumento.
Y el mundo pensando en mí,
al leer un libro inmortal
dirá: «¡Fué providencial!»—
¡Amor del Genio... ¡Hélo aquí!

Y aun,—después de esta primera manifestacion de

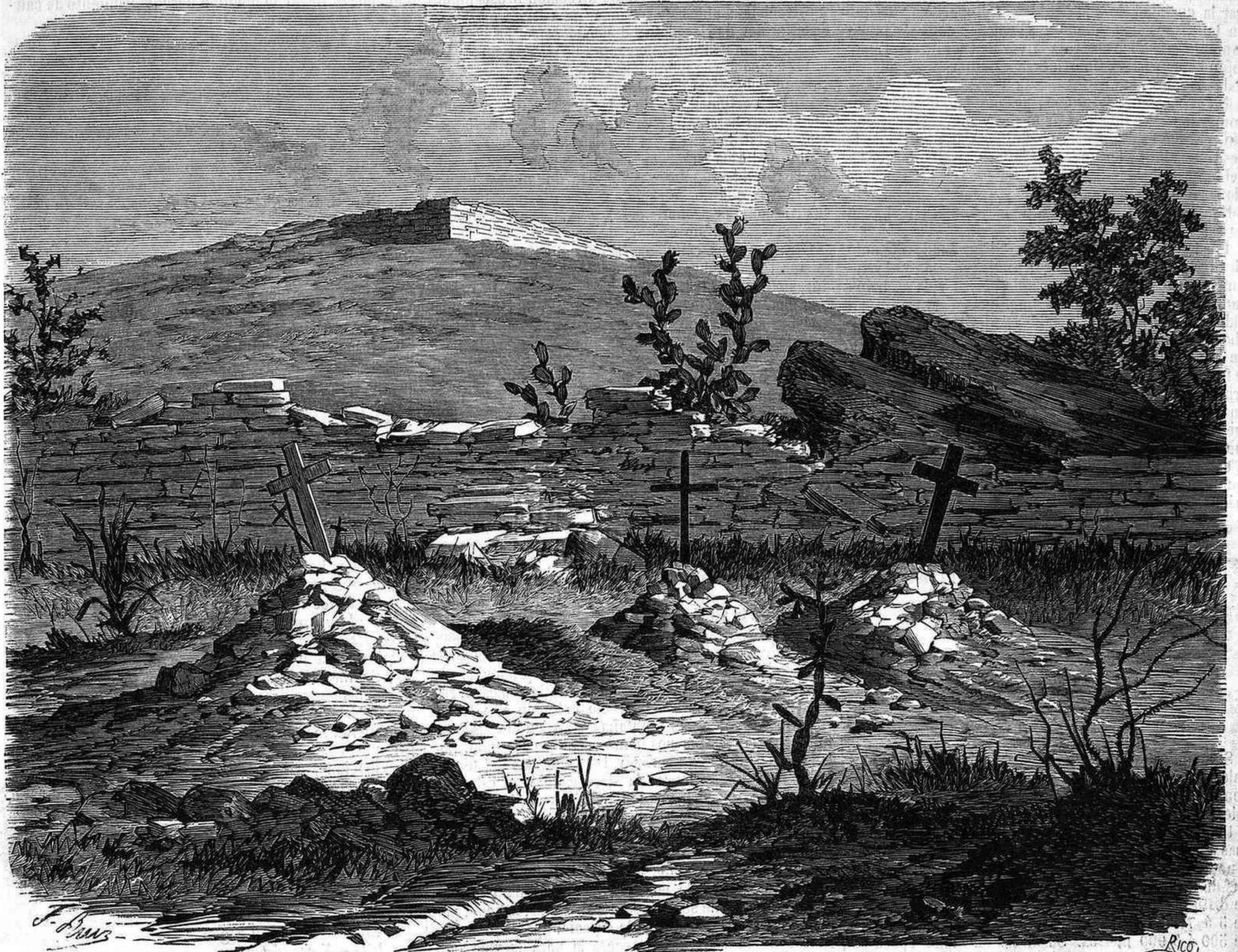
sus impresiones en presencia y por efecto del hallazgo en un sér real del espectro fantástico del Quijote, que anuncian de un modo mas concreto sus propósitos, respecto de un proyecto preconcebido y maravillosamente iniciado—diga, hablando de su amor—á doña Catalina:

De él en nombre
yo haré que el de tu beldad
pase á la posteridad
unido al de un grande hombre.
Y, pues en hora menguada
fue mi rival furibundo,
que sea fábula del mundo
don Alonso de Quijada.

Pues todo esto hace tiempo que lo imaginó y espuso

el autor del artículo *¿Quién fue Don Quijote?* en un drama escrito *ad hoc* por el mismo, con el título de *Amor del Genio*; y como en este drama se condensa, por decirlo así, el juicio que de la tradicion esquiviana que nos ocupa forma su autor, al drama hemos acudido para dar colorido, con lo que de él dejamos copiado, al cuadro de lo que nos proponíamos esclarecer y confirmar en este nuestro desaliñado trabajo.

Mas, volviendo al del señor Benjumea, decimos á este señor, que respecto de la época y el lugar en que se escribió el *Quijote*, no sabemos otra cosa (además de algo de lo mucho que sobre el particular se ha escrito) que una tradicion que se conserva en este pueblo, de que en los cinco ó seis años que se supone residió en él Cervantes, después de su matrimonio, escribió la primera parte del susodicho libro, en un gabinetito su-



VISTA DEL SITIO DONDE HAN SIDO FUSILADOS EL EMPERADOR MAXIMILIANO Y LOS GENERALES MIRAMON Y MEJÍA, EN QUERÉTARO.
(TOMADO DEL NATURAL.)

mamente reducido, que aun se conserva con su antigua forma, en la que entonces era su casa morada y después lo fue de la propiedad de su señora; como legado de su tío, el presbítero don Juan Palacios, que fue el mismo que los desposó.

La verdad que pueda haber en esto, averigüela Vargas, como diría el vulgo.

En cuanto á lo de haber aguardado Cervantes para publicar su *Quijote* á la muerte del Quijada pariente de su esposa, comprenda el señor Benjumea que lo que supusimos no fue que lo hiciera por miedo á Quijada, sino por consideracion á doña Catalina.

Tampoco creemos (como ya lo habíamos dicho) que Cervantes hubiese hallado en el Quijada esquiviano el tipo perfecto para su *Quijote*, sino que, por el contrario, persuadido de que (como dice el mismo Cervantes en la dedicatoria de Cide Hamete á don Quijote) *ha permitido la Providencia que haya habido siempre, y haya de haber para siempre Quijotes como llovidos; y así se ven hoy, con gran complacencia mia, un Quijote en cada esquina y ciento en cada lugar,*

escribimos hace tiempo, refiriéndonos al gran servicio que había prestado á la humanidad con dicha obra:

Le has dejado un espejo en que se vea
el eterno Quijote retratado.

Concluimos, pues, manifestando, que estamos conformes con el señor Benjumea, en cuanto á su modo de ver respecto del alcance y fundamento de la sátira del *Quijote* y que, como ni antes ni ahora nos hemos propuesto dar otra estension á nuestras observaciones, que la puramente precisa para autorizar nuestras noticias y acreditar la tradicion en que se fundan, volvemos á dejar al cuidado é investigacion de los que á ello se dedican con laudable celo, el descubrimiento, si es posible, de una incógnita que, con los medios de que disponemos, no podíamos hallar jamás.

Esquivias 21 de octubre de 1867.

M. V. G.

LA MUERTE DE MAXIMILIANO

CON MIRAMON Y MEJÍA.

Uno de los grabados que damos en este número representa la vista tomada del natural en Querétaro, del punto donde el emperador Maximiliano fue fusilado con sus generales Miramon y Mejía, por orden de Juárez.

El emperador estaba en el punto ocupado por la cruz que hay á la derecha del grabado; Miramon se hallaba á su derecha y Mejía al otro lado de Miramon. Los soldados que los hicieron fuego estaban detrás del pequeño arbusto que se ve en el fondo, á unas dos varas del pecho de las víctimas, que tenían el rostro vuelto hácia ellos. El emperador, que se hallaba enfermo desde algun tiempo antes de que tuviera lugar la ejecucion, se mantuvo sin embargo firme y derecho; había advertido á los soldados que pondría la mano sobre su pecho para indicarles adonde quería que le

tiraran, pero á la primera descarga las balas le atravesaron diferentes partes de su cuerpo, lo que algunos atribuyen á una mala intencion determinada, pues no se comprende que á tan corta distancia pudieran dirigir mal sus tiros. El emperador dió un paso hácia atrás y estendiendo la mano hácia Miramon gritó: «¡Hombre!». No se sabe decir qué quiso dar á entender con esta exclamacion, pero se supone que era una reconvenccion á los soldados porque no le habian tirado como él deseaba. Uno de ellos se aproximó entonces y le puso el fusil tan cerca del pecho, que al hacer fuego le quemó la ropa; el emperador cayó de espaldas en el momento mismo, ya cadáver. Miramon y Mejía murieron á la primera descarga; el primero, al tiempo que disparaban, levantó la mano sobre su cabeza y gritó:—¡Viva el emperador!—Mejía habia espirado ya cuando fueron á verle despues que cayó.

Los pequeños montones de piedras con las cruces encima, que se ven en el grabado, los colocó el pueblo de la campiña en el sitio en que cada uno de los tres mártires, como los llaman ordinariamente en Méjico, habia estado de pie hasta recibir la muerte, y las señoras de Querétaro, vestidas de luto riguroso, han tenido la costumbre de ir por la mañana temprano, desde el dia que siguió á la ejecucion, á adornar las cruces con guirnaldas y rogar á Dios por el alma de los que han muerto de un modo tan noble y heróico.

El capitán belga Gerard, que pertenecia al ejército imperial, y que estuvo entre los defensores de Querétaro, ha escrito hace poco al *Meuse* protestando contra el manifiesto dado por López para de-

enderse de las acusaciones que se le hacen. El capitán Gerards dice que este manifiesto no es mas que un tejido de mentiras; que López se hallaba en relaciones con los liberales hacia ya mucho tiempo, y que durante el sitio de Querétaro engañó mas de diez veces al emperador, haciéndole creer que iban á recibir el auxilio de tropas que no llegaron nunca. El capitán Gerards insiste, sobre todo, en asegurar que López vendió la plaza, y da muchos pormenores acerca de aquellos deplorables sucesos; «López miente, añade, cuando dice que le hicieron prisionero como á los demás oficiales; desde el momento que entraron los liberales se le vió guiarlos á todas partes; yo mismo le he visto con frecuencia pasearse del brazo con ellos.» M.

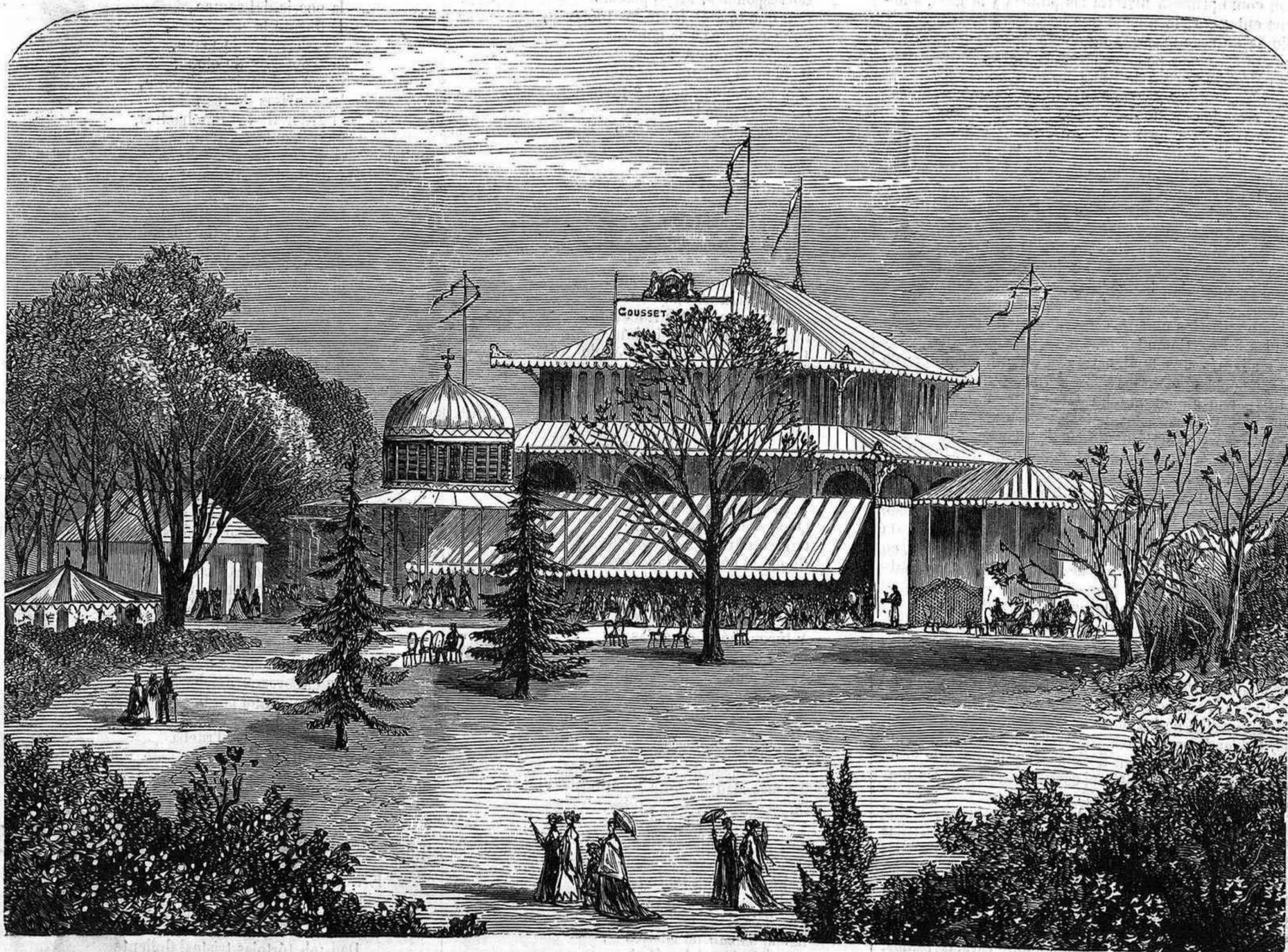


ESPOSICION DE PARIS.—AGHAMANIL DE MR. DURON.

ESPOSICION UNIVERSAL.

CAFÉ-RESTAURANT DE M. GOUSSET.

Damos en este número un grabado que representa el café-restaurant de M. Gousset. Hállase este establecimiento en el jardín reservado, es decir, en uno de los puntos del Campo de Marte mas á propósito para abarcar de una sola mirada todas las maravillas de la Exposicion. Desde él han podido tambien los que la han visitado, reparar sus fuerzas, con el descanso y las comidas que á precios arreglados á todas las fortunas allí se preparaban, y oír al mismo tiempo la música con que de cuatro á seis de la tarde amenizaba las horas uno de los regimientos de la guarnicion de París, establecido en el lindo kiosko levantado para la



ESPOSICION DE PARIS.—CAFÉ RESTAURANT DE M. GOUSSET.

emperatriz. El restaurant es de construcción sencilla al par que elegante, y reúne la abundancia y el confort que el gastrónomo más exigente pudiera apetecer.

AGUAMANIL DE MR. DURON.

El aguamanil ejecutado en lapis-lázuli por M. Eduardo Fould, en vista de dibujos de M. Duron, y que constituye sin duda una de las preciosidades más notables de la Exposición de París, es de una forma encantadora, según lo indica el grabado adjunto. Mide esta bella obra veinte y dos centímetros de altura, por ocho de diámetro, y en sus diversas partes, donde brillan el oro, el esmalte y otras piedras y metales preciosos, son dignos de admirarse los delicados detalles y riqueza de ornamentación que el artista ha sabido armonizar para que el conjunto responda al pensamiento que lo inspiró.

FLORES ARTIFICIALES.

Hay en París una industria de que en España se hace poco caso, porque en realidad parece fútil y sin importancia alguna. Nos referimos á la fabricación de flores artificiales. Si dijésemos cuántas operarias ocupa en la capital de Francia este género de comercio, nadie nos creería. ¿Qué vale un arte que todo él se reduce á pegar hojas de papel ó de trapo de diferentes colores para producir, casándolos armoniosamente, los más sorprendentes contrastes? No hay en realidad gran ciencia en este trabajo, para el cual basta una mano ligera, un poco de soltura en los movimientos y algunas ideas de colorido, pudiéndose llegar á la perfección sin más que estas condiciones. Sin embargo, no nos hagamos ilusiones; por modesta que sea la ciencia que exige el colorido de las flores artificiales, es un trabajo tanto más difícil cuanto que no se reduce á imitar á la naturaleza, sino que tiende á superarla evitando sus imperfecciones.

Los italianos son en Europa los introductores de esta industria. Las solemnes fiestas religiosas tan multiplicadas en Italia han inspirado á sus habitantes la idea de adornar los altares con flores naturales ó artificiales. En un principio todo el arte se reducía á recortar cintas de varios colores; pero luego se emplearon como primera materia las plumas y la gasa, aunque entonces, lo mismo que hoy, las flores de gasa y pluma no eran más que un objeto de moda pasajera, y no era así como podía progresar el arte. Muy pronto se notó que la gasa de Italia era muy poco á propósito para hacer flores, y no tardó mucho en desaparecer casi completamente del comercio.

En Francia y en España muy pocas veces se echa mano del capullo de gusano de seda, pero en Italia hay cerca de Génova un convento que ha adquirido con las flores que fabrica una reputación inmensa, y en casi todas ellas el capullo de gusano de seda es el principal elemento.

El capullo toma perfectamente la pintura, y cobra con ella una apariencia de terciopelo. Podríamos también recomendar la médula de algunas cañalejas y juncos, en particular la del sauco, muy usada con este objeto entre los chinos, que sobresalen en la industria de las flores. Como las modas varían con el tiempo, y hay además una tendencia á disminuir el precio de las primeras materias, las floristas, cuarenta años atrás, consumían mucho tafetan para las hojas y mucha batista para los pétalos; pero actualmente se sigue otro sistema. Una de las floristas más hábiles de París tuvo la idea durante el reinado de Luis XVI de hacer una rosa con películas de huevo. Los pétalos, dispuestos de modo que formaban las iniciales de María Antonieta, ofrecían esta particularidad que gustó mucho, sobre todo á la reina que era objeto de esta muestra de atención. Como vamos á hacer notar, en la fabricación de las flores se han introducido actualmente modificaciones importantes, y el número de floristas ha aumentado de una manera prodigiosa.

En otro tiempo se contaban en París cinco ó seis fabricantes de flores. Actualmente, hay floristas á millares. Antes se citaba como un prodigio de habilidad la de madama de Genlis, que imitaba perfectamente del natural las anémonas, las violetas y las vellosillas. Hoy la fabricación de las flores es una verdadera industria, no habiendo en Francia una sola ciudad grande ni pequeña que no tenga sus floristas. Hay floristas de grande habilidad y que están al corriente de todas las modas hasta en aldeas insignificantes.

Como todos los géneros de industria, la fabricación de flores requiere instrumentos especiales. La florista no toca jamás con los dedos las flores delicadas; las coge con pinzas, y con pinzas dispone sus hojas, las inclina y las levanta debidamente; con ellas contornea ciertos pétalos, endereza sus extremos, y separa ó acerca los estambres. Con frecuencia traza en los pétalos estrías, venas y nervios perfectamente caracterizados, y así es como imita tan fielmente los lirios y margaritas que parecen obra de la naturaleza. Es menester

también para hacer flores tener á mano batista, chaconada, percalina, muselina y gasa.

¿Cómo sin muselina se había de formar una rosa? Por lo contrario, cuando se trata de hacer una flor cuyos pétalos son algo gruesos, la percalina es indispensable. La batista se emplea ordinariamente con chaconada, que es suave, fina y apretada. Actualmente, para las flores comunes está en boga la gasa de Italia, y la indiana fina y el tafetan se gustan para forro y para la fabricación de flores ordinarias y baratas que se venden fácilmente en las aldeas y villorrios. Para las flores de fantasía ó de capricho es indispensable el crespon común, y el crespon liso para las flores finas.

La corola, cuando la flor ha de tener reflejos brillantes ó pétalos barnizados, requiere el raso. El terciopelo es el todo de los pensamientos y otras corolas aterciopeladas. Con el tafetan verde se hacen hojas graciosas, sobre todo si estas hojas han de ser largas y con piquitos como las del tulipán y las del jacinto.

Nada decimos de las flores de mariscos y de cera, porque requieren un procedimiento distinto desconocido generalmente de las floristas. No constituyen un ramo de comercio, porque resultan demasiado costosas. Las de cera imitan perfectamente á las naturales, al paso que con mariscos no se pueden hacer más que flores de capricho. Unas y otras, además de su coste, tienen el inconveniente de no poderse conservar, si no se las preserva del polvo ó si se las manosea algo. Las de cera se hacen con moldes de patata, y para las de mariscos es preciso recurrir con frecuencia á la lima hasta encontrar en cada marisco, á fuerza de limarlo, el color que se desea.

En la actualidad, se echa mano del papel para hacer flores. Se encuentran papeles de todas las matices para todas las variedades de flores que pueden imaginarse. No hay otra primera materia que iguale al papel en docilidad, que mejor se preste á todas las formas y que con más exactitud permita copiar á la naturaleza.

La preparación de los colores, cualquiera que sea la primera materia que se emplee, entra para mucho en la buena fabricación de las flores.

A. R. BOT.

POESIA.

Si es verdad, mi dulce Fréida,
Que tu corazón angélico
Corresponde al fuego plácido
Con que te amo hasta los tuétanos,
Sube conmigo á la góndola
Y, caminito de Arévalo,
De Madrid salgamos prófugos;
Que es pueblo dañino y pértido.
Rápidos como la pólvora
Huyamos del vulgo tétrico
De poetillas misántropos,
Planidores y epilépticos,
Que invocando al hondo Tártaro
Con chirridos de murciélago
Fulminan rudos apóstrofes
Contra el pobre humano género;
Que apenas pasiega bárbara
Los emancipa del cuévano,
Pesa la vida en sus vértebras
Como el Etna sobre Encéclado.
Huyamos del Júdeas íntimo
Que al amigo franco y crédulo
Prodiga falaces ósculos,
Y después le quita el crédito.
No oigamos la necia cháchara
De aquel orador acéfalo
Que presume de Demóstenes
Y no sabe los pretéritos.
Un adiós, y sea el último,
A esa caterva de médicos
Que si visitan diez prójimos
Dan con los nueve en el feretro.
Fuego al proyectista trápala
A quien das el oro inédito,
Fiado en sus lindos cálculos
Que pintan seguro el éxito;
Y luego figura pérdidas
En la bolsa ó en el piélagos,
Y sólo cobras en lágrimas
El capital y los réditos.
¡Maldición al vil hipócrita
Que bajo esterior ascético,
Cubre la avaricia escualida
Con que despoja á los huérfanos.
No más Madrid; que su atmósfera
Impregnan vapores fétidos,
Y es laberinto de crímenes
Más confuso que el de Dédalo.
¿Qué importa á placeres frívolos
Renunciar? Sin tanto estrépito
Podemos vivir más prósperos
En cualquier parte...; en Cintruéñigo.
Bástanos cabaña rústica
Bajo limpio sol benéfico,
Donde nuestro amor sin límites

Nunca desmaye decrepito;
Y bajo los verdes árboles
Oler de la rosa el pétalo,
Y oír á la viuda tórtola
Fiar sus quejas al céfiro;
O á la mariposa aligera
Perseguir con vano anhélito
De la clavellina al pámpano
Y del tomillo al orégano;
Y así en ventura recíproca,
Sin enemigos malévolos,
Con serenidad de espíritu
Llegar de la vida al término.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

TRUEBA.

¿No conocéis al poeta
que tierno llama á *Pelayo*
y le pinta en sus cantares
con patriótico entusiasmo?
¿Al que sabe y no nos dice,
qué papel desempeñaron
en nuestro hermoso planeta
Aristóteles ni Horacio?
¿Al que domina la historia,
y parece no hacer caso
de si fueron de los griegos
discípulos los romanos?
¿Al que mira en nuestros días
la lucha que han entablado
con su fé el hombre sencillo,
con su presunción el sabio,
y abandona, por dar calma
á espíritus conturbados,
los tiempos que sucedieron
y los pueblos que pasaron?
¿No conocéis al poeta
que con su lira ha tocado
las fibras más delicadas
de corazones humanos?
¿Al que sorprende el suspiro
que arranca al pecho agitado
la morena de ojos negros
ó la rubia de ojos garzos?
¿Al que pinta en sus cantares
las costumbres de los vascos,
los placeres, los amores,
la poesía del campo,
la flor de la primavera,
las alboradas de mayo,
las romerías de otoño,
el sol del invierno helado,
las sonrisas de los niños,
el ardor de los muchachos,
el rubor de las doncellas,
lo grave de los ancianos,
y con sin igual maestría
resaltar hace en sus cuadros
la ternura y sentimiento
de Herrera y de Garcilaso?
Pues conocéis al poeta
que da sus tintes galanos
al valle ameno y frondoso,
al esbelto campanario,
á aquellas casitas blancas
que entre fresnos y castaños
las ilumina un sol de oro
con sus purísimos rayos,
al imponente murmullo
del magestuoso océano
y de sus ondas azules
á los festones nevados,
al viento que juguetea
entre las hojas del álamo,
al ave que anida en ellas
dando sus trinos al árbol,
á sus parrás, á sus huertos,
á los rebollarés vastos,
á las fuentes bullidoras
y á los arroyuelos claros.
Falta deciros ahora
que es superior á sus cantos
la nobleza que se alberga
en el corazón del bardo;
que un ángel perdió una pluma
al irse al cielo volando,
y se la volverá Trueba
cuando se siente á su lado,

GBDULIO DE PEREA.

A UNA JOVEN EN LA MUERTE DE SU PADRE.

(COMPOSICION ESCRITA PARA MUSICA.)

Dad ¡oh tórtolas tristes! doliente
Vuestro arrullo á mi trémula voz,

Porque pueda elevar en mi anhelo
Dulce, tierna, sentida canción.

Presta un sáuce su sombra tranquila
So la misera, fúnebre losa
Donde en sueño de muerte reposa
Para siempre el querido mortal.
Melancólicas trinan las aves,
Se estremece mi cítara inquieta,
Y se mezcla al cantar del poeta
El tañido del ronco metal.
Una virgen su frente reclina
En la losa fatal, cineraria,
Y murmura una triste plegaria
Que se eleva á los pies del Señor.
Y entre tanto, postrada de hinojos,
Deposita la niña doliente
En la tumba una rosa inocente
Como vivo recuerdo de amor.

Siempre vivas la tumba coronan,
Siempre vivas que á lacias no llegan,
Que á esas flores las lágrimas riegan
De la jóven que llora á sus pies.
Y la luna al nacer plateada,
Dulce amiga del hombre que gime,
Ilumina la losa callada
Entre el sáuce y el verde ciprés.
Cuando el aura doliente susurra
En las hojas con blando murmullo,
Cual de tórtola el lánguido arrullo
Un suspiro se lleva fugaz.
Un suspiro de amor exhalado
Por el pecho de un ángel que llora,
Y postrado á la Virgen implora
Que dé el cielo á su padre la paz.

Tú, que vives con honda amargura,
Pobre niña, abismada en tu pena;
Tú, que creces, doliente azucena,
En la tumba do yace un mortal;
Tú, inocente paloma cuitada,
Que al sentir de tu alma intranquila
Los dolores, tu llanto destila
De un sepulcro en la losa fatal;
Si mi canto no alivia tu duelo,
Ni calmar tus afanes consigo,
Deja á un triste que llora contigo,
Nuestras almas enlute el ciprés.
Y permite al poeta que osado
Cantar ¡ay! pretendió tus dolores,
Deposite en la tumba sus flores,
Y sus versos arroje á tus pies.

VICENTE MORENO DE LA TEJERA.

De los residuos de la fabricación de la sidra se obtienen en Francia, según parece, productos muy importantes, cuya explotación podrían utilizar las fábricas de este artículo en nuestras provincias del Norte. Estos productos son: un gas combustible de gran poder luminoso, formado casi totalmente de hidrógeno bicarbonado y mezcla de acetilina, vapores de bencina é indicios de óxido de carbono, diversos cuerpos empíreumáticos, ácido acético, y un producto amarillento, pastoso, denominado brea, del cual pueden obtenerse otras sustancias.

Recientes experimentos han demostrado que el azufre puede emplearse ventajosamente para impedir la infiltración de las aguas al través de los macizos de los canales, cañerías y estanques. Para ello se forma un mastic mezclando tres partes de azufre y una de cera amarilla, el cual conserva las propiedades del azufre puro, no siendo susceptible de resquebrajarse ni contraerse por efecto del frío ni de la humedad. Se aplica fundido sobre las grietas y las juntas.

UN SIGLO DE VIDA.

I.

Era el espacio. Los soles, resplandecientes de luz y escoltados por sus cohortes de planetas y satélites, cruzaban el firmamento azul en todas direcciones, sin tropezarse en sus órbitas, mientras los cometas parecían arrastrar en su excéntrica marcha sus candelas de fuego. Allí muy lejos, entre los otros soles, apenas se percibía un pequeño astro luminoso, el sol de nuestro sistema planetario, y fuera casi imposible llegar á ver en medio de tanta luz y tan numerosas estrellas un pobre planeta, pequeño y opaco; la tierra habitada por el hombre.

Era yo un átomo del éter, perdido en la inmensidad de los espacios y llevado por las atracciones de las esferas: tan pronto me veía en un sistema planetario, como era obligado á seguir la marcha veloz de un ardiente cometa, y ora ascendía hasta el sol

en un rayo de su calor, como bajaba hasta la tierra, teniendo por escala algún rayo luminoso reflejado por la luna.

De pronto resonó una voz solemne y magestuosa, y al escucharla todo el universo se estremeció.

—Un alma que yacía en el lodo del pecado acaba de lavar sus manchas y ha llegado hasta mí, conducida por el arrepentimiento. Otra alma va á encarnarse en forma perecedera y á atravesar la vida de los hombres: ángel de su guarda, deposita en el nuevo cuerpo la esencia de esa alma.

—Señor, murmuró la voz del ángel, la salvación del pecador me da ánimo para demandaros una gracia. La vida de los hombres es corta, es un breve momento, un fugaz meteoro: os suplico concedais existencia mas larga que la ordinaria al hombre que va á nacer.

—¿Te parece corta la vida humana?

—Es un instante apenas apreciable, en que no hay tiempo para rogaros ni bendeciros.

—Largo parece al alma, que, sumida en el pecado, perdió la esperanza. Pero quiero acceder á tu súplica. ¿Cuántos años de vida quieres para el nuevo sér?

—Cien años.

—Se los concedo, mas con una condición: que él mismo pueda acortar su existencia á medida de su deseo, y que lo que acerca de esto diga se cumpla.

—Hágase vuestra santa voluntad.

El ángel tomó el reloj del tiempo, puso en el globo superior cien granos de arena, y arrebatando consigo el átomo de éter en que me encontraba, descendió á la tierra.

Y en aquel momento ví la luz en forma humana.

II.

El sol de los trópicos iluminó mi frente al nacer á la vida. La naturaleza virgen y prodigiosamente feraz de aquellos climas, me acarició en mis primeros años con sus embriagantes flores, con sus extrañas melodías y sus sorprendentes panoramas.

Era Manila, la sultana de la Oceanía, sentada sobre su estenso golfo, bañando sus pies de ninfa en la corriente bulliciosa del Pásig, y dejando caer su espléndida cabellera de bosques sobre la laguna de Bay; Manila, con su cielo de maravillosa transparencia, recamada de inconmensurables miriadas de estrellas que deslumbran la vista, con sus noches deliciosas de suave claridad, refrescadas con la brisa del mar de China, embalsamadas con los dulcísimos aromas de las sampaguitas y el ilang-ilang y con el encanto de las nunca escuchadas armonías de sus espacios y los tiernos sonidos del comintang y el cundiman.

¿A qué contar aquellos primeros años de la niñez, pasados como en un sueño entre plácidos juegos é inocentes alegrías? ¿A qué evocar la vaga é indecisa sombra de una madre, perdida cuando los labios aun no sabían balbucear su nombre, cuando el corazón apenas sabía corresponder instintivamente á su inmenso amor?

Pasaron algunos años. Mi razón empezó á dar los primeros destellos de luz, fue preciso dejar aquel cielo que me vió nacer, aquella ciudad tan querida: fue preciso separar al hijo del cariñoso padre, que en él veía un nuevo amor nacido del amor que lloraba perdido: fue preciso cruzar los procelosos mares y atravesar casi inexplorados países, y pasar con la caravana el arenoso desierto, y bajar por el fecundante Nilo; y mas tarde, ya en el mar de la civilización, en el Mediterráneo, visitar la cuna de la gran filosofía alejandrina, é inclinarse ante el gran pedestal sin estatua, la isla de Malta sin la orden hospitalaria. Por último, Madrid, la villa real de España, fue el término de mi prolongado viaje, pues venía á beber en sus aulas las puras aguas del saber, que necesitaba mi alma sedienta.

III.

¿Cómo olvidar el colegio de clases espaciosas, cuyas rejas se abrían dando paso á torrentes de luz y de vida, ni el estenso jardín, sombreado por las acacias, que en la primavera se cubrían de blancas guirnalda de flores, ni la rústica escalera que al piso principal daba acceso, ni el buen gimnasio que proporcionaba al cuerpo saludable ejercicio y desarrollo?

Allí pasaron seis años de mi vida, tal vez los mas felices. Entre aquellos antiguos y vetustos muros, á la sombra de las acacias, se deslizaban tranquilos y apacibles entre el estudio y los juegos los hermosos días de mi niñez y los primeros de mi juventud. El ansia de verdad, la sed de saber que sentía mi alma, se vió satisfecha con los principios de las ciencias que allí se profesaban. Los misterios de la naturaleza, los idiomas de los pueblos que han dejado de existir, los preceptos de la conciencia humana, se revelaron poco á poco á mi inteligencia, merced á las solícitas lecciones de aquellos dignos maestros, que comprendían toda la augusta santidad del sacerdocio de la ciencia.

Un día todos los colegiales fuimos convocados para un acto solemne, cuya existencia ignoraba yo. Tratábase de que nosotros mismos eligiésemos en vota-

ción secreta al que por sus virtudes y aplicación creyésemos mas digno del premio de honor; es decir, de que su retrato coronado de laurel fuese colocado en el salón principal para ejemplo de los demás. Cuando supe el objeto de la reunión, no sé qué desconocido sentimiento se apoderó de mi alma; y sentí una invencible aspiración, un irresistible deseo de elevarme sobre el nivel de mis compañeros, de que mi nombre fuese pronunciado con aplauso por todos y de que una corona de laurel, símbolo de la gloria, fuera colocada sobre mi retrato. Pero supe disimular mi deseo, esconder mi ambición naciente en lo profundo de mi alma y conservar mi rostro indiferente, impassible: y, sin embargo, dentro de mí mismo, esclamaba con toda mi alma:

—Daría diez años de mi vida por obtener el premio de honor.

Aquellos cortos momentos de la votación fueron terribles para mí: sentía una febril impaciencia, que no podía contener. Felizmente, se procedió bien pronto al escrutinio, y al fin el director anunció solemnemente que por todos nuestros votos menos uno (y ese voto era el mio), confirmados por los de los maestros y el suyo, era elegido para el premio de honor, el que á su parecer lo merecía... y pronunció mi nombre. Un vértigo nubló mi vista al ver satisfecha mi ambición, y apenas pude pronunciar algunas palabras para contestar á las enhorabuena y aplausos que se me prodigaban. Busqué la soledad, y me senté á la sombra de las acacias: entonces, aislándome en mí mismo, fuí presa de una extraña alucinación.

Veía un ángel de blancas alas y azulada vestidura, que llevaba en la mano un reloj de arena, el reloj de mi vida sin duda: los años que había vivido ya, hallábase representados en los granos de arena que uno á uno y paulatinamente habían ido pasando del recipiente superior al inferior; y en aquel momento, como precio de mi loco deseo, veía bajar en un instante los diez granos de los diez años de existencia, que por el premio de honor había ofrecido.

IV.

Terminados mis estudios y antes de volver al lado de mi padre, la voluntad de éste me hizo recorrer las principales naciones europeas. París, la capital del mundo civilizado, la Babilonia de los tiempos modernos, la Torre de Babel de nuestra época, me vió en sus bibliotecas, en sus museos, en sus templos y en sus placeres; las brumas de Albion acariciaron mi frente: visité luego las principales ciudades de Alemania, y por último admiré las obras maestras del arte que Italia guarda en sus museos, y besé con cristiano fervor la sandalia del santo y venerable anciano que es vicario de Cristo en la tierra.

De vuelta en Madrid, quise estudiar el hombre, penetrar en eso que se llama el gran mundo, poner la mano en las miserias sociales, ver el cobre bajo el oropel, adivinar los misterios y las vanidades mundanas, y aprender á leer bajo la careta de la fisonomía el pensamiento del hombre. Pero pronto aquel estudio me fatigó.

Entonces sentí nacer en mi alma una nueva aspiración: mi ambición dormida volvía á despertarse. Así como había anhelado antes la gloria posible en el estrecho círculo en que entonces me agitaba, ahora era el objeto de mis deseos otra gloria mas grande, una corona también de laurel, pero la corona del poeta: quería que la multitud sintiese con mis sentimientos, pensase con mis ideas y admirase mi creación; quería que mi nombre fuese aclamado por todos y que mi presencia fuese saludada con entusiastas aplausos.

Escribí un drama. Era aun novicio en la vida, no había tenido grandes dolores ni pasiones violentas que me revelasen los secretos de la existencia; pero lo que ignoraba aun lo presentía ya, y sentía en mí el germen de las grandes pasiones, así como la predestinación de grandes sufrimientos. Y ¡caso aquella ambición repetida no había sido un sentimiento revelador, ni me habían enseñado nada los países recorridos, las costumbres observadas, ni la autopsia del corazón humano que con el escalpelo de mi fría razón había llevado á cabo?

Con heroica resignación é incontestable constancia vencí cuantos obstáculos se opusieron á mi paso, luché cuerpo á cuerpo con la oscuridad que me envolvía, con los opuestos intereses que querían impedir mi entrada en el santuario, y después de muchas decepciones y de largos días de prueba, logré que mi drama fuese admitido, repartido y ensayado.

Llegó el temido día. Fuera imposible describir las angustias de la prolongada agonía que sufrí en aquellas horas para mí tan largas y llenas de miedo y espanto. Llegó al fin la noche: el teatro fue llenándose lentamente de espectadores, y la orquesta hizo oír la sinfonía.

En aquellos momentos solemnes mi emoción llegó á su colmo.

Levantóse por último el telón. No me fue posible resistir entonces por mas tiempo, y murmuré dentro de mí:

—Daría veinte años de mi vida, porque el drama fuese aplaudido. Apenas había formulado en mi mente

MADRID DE NOCHE.



LOS CAFÉS CANTANTES.

—¡Chico y chica! —¡Un chocolate!
—¡Ay! ¡mamaaá! —¡Mozo! ¡café!

(Dos amigos al paño).

—¡Qué tal el moka? —¡Perverso!
—¡Y la música? —¡Cruel!

este pensamiento, resonó una nutrida salva de aplausos al fin de una relación de la dama. Poco después cayó el telón, dando fin al primer acto: el interés del público se hallaba escitado, y al final el entusiasmo subió de punto, y entre bravos y palmadas se pidió el nombre del autor.

Entonces el primer galán se adelantó á decir:

—El drama que hemos tenido el honor de representar es original de...

Y en cuanto pronunció mi nombre, volvieron á resonar unánimes aplausos y voces de «¡que salga!» Entonces, cogiéndome de las manos la dama y el primer galán, me hicieron salir á las tablas. Al ver que el autor del drama era un joven de diez y nueve años, casi un niño, el teatro parecía próximo á venirse abajo; tal era el frenesí del público.

En medio de aquella ovación, mis ojos se turbaron, se embargó mi ánimo y me figuré que todo era un sueño. En medio de la nube que oscurecía mi vista, creí ver el ángel con el reloj de mi vida, en el cual caían de repente veinte granos, cual si perdiera los veinte años de existencia que había ofrecido por aquel triunfo. Pero ¿qué importaba aquel tiempo perdido, si había visto después de tantos afanes y al cabo de tan grandes sufrimientos realizado el deseo con que había soñado por tanto tiempo? Vivir en la oscuridad me parecía un tormento, y prefería algunos días de gloria á muchos años de vida tranquila, pero desconocida. Además, sabía que para cumplir los cien años que Dios había concedido para mí al ángel, me quedaba aun mucho tiempo que vivir.

V.

Creía satisfechas todas las aspiraciones de mi alma, me parecía que después de la gloria nada podía conmover mi corazón, ni engendrar en mí invencibles deseos. Pobre niño que comenzaba á vivir y no había aun amado, creía que al apurar hasta la última gota el cáliz de la gloria, había agotado la copa de las pasiones humanas: en mi sencillez, pensaba que podía llenar mi alma un sólo amor, el amor de la gloria.

Bien pronto hube de desengañarme. Encontré una mujer en mi camino, y bebí en la mirada de sus negros ojos de fuego que centelleaban bajo el arco de sus oscuras cejas en la sombra de sus ojeras llenas de voluptuosidad, y sobre el marfil de su frente y sus mejillas, en la sonrisa de su boca provocadora, en el

timbre severo de su voz, en el perfume embriagante de sus cabellos azabachados, la lava de un ardiente amor, que desde aquel instante me abrasó el pecho, sin tregua ni sosiego.

La amé con delirio, con toda la energía de mi alma, que nunca había sospechado el amor, con la furia que sus desdenes me causaban, con el sordo y horrible dolor de sus burlas sangrientas.

Aquella mujer me desesperaba, porque trastornaba todos mis cálculos y echaba por tierra todas mis teorías, las teorías que *á priori* me había formado acerca de la mujer, cuando había pretendido sondear los misterios del corazón humano. Por más que hacía, me era imposible explicarme aquella mujer á mí mismo, comprender sus actos, dar una solución á aquel logogrifo viviente. Su ironía constante y eterna se estrellaba contra mi impasibilidad aparente; pero Dios sólo puede saber el inmenso dolor que esta ficticia impasibilidad aumentaba mis dolores. Y sin embargo, había momentos en que sus ojos tenían para mí una mirada magnética y henchida de inesplicable ternura pero al mismo tiempo sus palabras contradecían aquella mirada, lanzándome algún terrible epigrama. Hasta llegué á creer que el amor y el odio hácia mí, luchaban en su corazón, ó que tenía dos corazones, uno que me amaba, profesándome el otro un odio inextinguible.

El tormento que yo sufría era horrible, pero mi frente permanecía serena y segura mi mirada, mientras mi corazón parecía ir á estallar en pedazos. Conservaba aun en el fondo del alma ese suave bálsamo que alivia todas las penas, la esperanza: padecía, es verdad, espantosa tortura, pero no se había apoderado aun de mí la más espantosa de todas, la desesperación. La amaba tanto, hallaba en mi corazón raudales tan grandes é inagotables de ternura, que me parecía imposible el que más ó menos tarde no viese mi pena y correspondiese á mi pasión.

Pero llegó un momento en que esta última esperanza se desvaneció al soplo de un nuevo y terrible desengaño. Tuve la cruel evidencia de que desdénaba mi amor y se burlaba de mi sufrimiento, porque amaba á otro. Creo que no se muere de amor ni de celos, cuando no morí al saberlo, al verlo con mis propios ojos. Pensé que iba á volverme loco, y casi llegué á desearlo, figurándome que la locura sería el olvido. Me parecía imposible amando tanto no ser amado. Mis sienes querían estallar, mi razón se estraviaba, sentía

zumar extraños rumores en mis oídos y latir con tal violencia el corazón, como si quisiese romper la estrecha cárcel del pecho.

—Amas á otro, exclamé en mi delirio, que tal vez no es capaz sino de fingirte amor, y me desdenas á mí que te ofrezco un amor eterno y sin límites, á mí, que por un latido de amor de tu corazón daría la mitad de mi vida...

En aquel momento la visión, que dos veces ya se me había aparecido, se presentó de nuevo á mi espíritu, y en el reloj de mi vida que el ángel llevaba, vi caer cincuenta granos de arena.

¡Sólo algunas imperceptibles moléculas quedaban en el recipiente superior!

Sentí horrible frío en mi corazón. Iba á cumplir veinte años: diez que me había costado el premio de honor, veinte por los aplausos á mi drama y los cincuenta que había ofrecido por un segundo de amor, completaban el siglo que se me había concedido. Aquellas partículas imperceptibles decían bien claro que me quedaban pocos días, acaso breves horas que vivir.

Sin embargo, repuesto de la emoción del primer momento, me confirmé en lo que había dicho. Una mirada de amor de sus ojos valía, no cincuenta, sino mil años de vida.

Dos ó tres días después, paseando en la Fuente Castellana, la vi cruzar cerca de mí en su carretela, y á mi saludo contestó con una tierna mirada llena de pasión y una sonrisa dulce y cariñosa. El hielo de su desden se había ablandado al fin al fuego de mi amor. Sus burlas dejaban el lugar á la ternura.

—¡Me ama! ¡Me ama! pensé lleno de júbilo, y mi corazón no podía contener tanta alegría, tanto gozo.

Pero una voz murmuraba dentro de mí:

—¡Esa mirada y esa sonrisa, son tu sentencia de muerte.

Efectivamente, aquella noche al salir del teatro Real, me dió una pulmonía fulminante, y á las pocas horas dejé de existir. No sé cómo explicar la sensación que al morir esperiménté. Hay cosas que no pueden traducirse en palabras.

Confieso que hubiera tenido curiosidad por ver lo que me sucedería después de muerto pero desgraciadamente tuve que quedarme con la curiosidad, pues sentí que en aquel momento, precisamente en el momento de morir, me movían fuertemente.

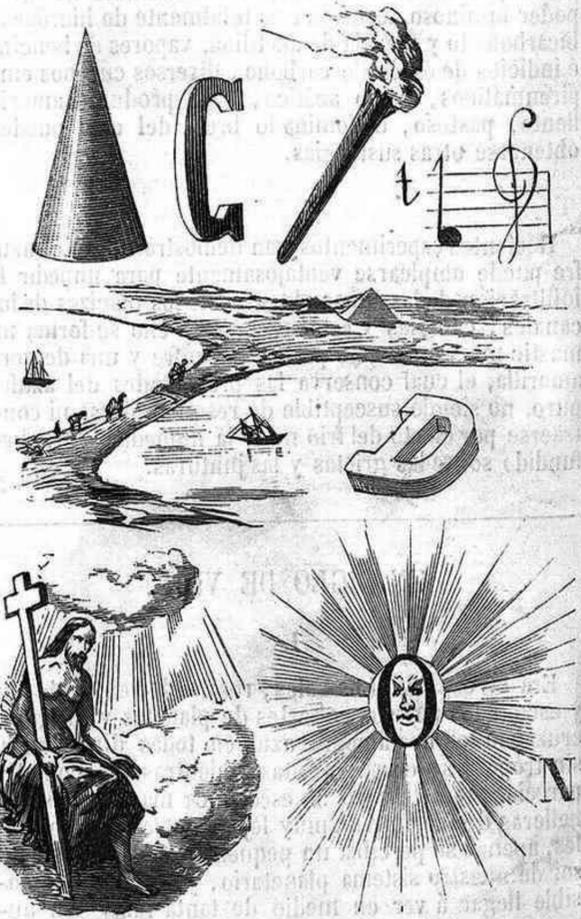
Y desperté.

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Los maragatos son los más apegados á su traje.



La solución de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.